

PERICO.
No te dije sino cordial.

BOBO.
Pues yo mentí.

PERICO.
Pues ten buena cuenta con lo que te digo, y vuélvete á poner en la silla que parece que siento venir gente. *(Toca á la puerta SALAZAR.)*

SALAZAR.
(Dentro.) ¡Ah de casa! ¿Quién está aquí?

PERICO.
¿Quién llama?

SALAZAR.
Yo soy, señor. ¿Esta es la casa del señor doctor?

PERICO.
Sí, señor; entre, señor, que ésta es. Ea, ponte, Lorenzo, á punto, que ya tenemos otros dos reales.

Entra SALAZAR.

SALAZAR.
Señor doctor, beso á vuesa merced las manos. Yo vengo aquí con una extrema necesidad, y es que le ha dado súptamente un dolor de corazón á mi mujer; y así vengo á que vuesa merced le dé remedio, porque se está muriendo.

BOBO.
Qué, ¿vos casado sois?

SALAZAR.
Sí, señor.

BOBO.
¿Y vuestra mujer es la del dolor?

SALAZAR.
Sí, señor doctor, mi mujer es.

BOBO.
¿Y qué tiene?

SALAZAR.
Señor, está desmayada.

BOBO.
Eso no os tocaba decir, que ya se sabe; otra cosa os pregunto, que las mujeres, sin tener dolor, á veces están desmayadas, ó lo fingen á lo menos.

SALAZAR.
Señor, ordénele, si le ha de ordenar algo, y dejemos de razones.

PERICO.
Acaba, Lorenzo; ordénale una sangría, que la saquen tres onzas de sangre de la vena de la cabeza.

BOBO.
Mira, yo mando que la sangren, y que le saquen trecientas onzas de sangre de la vena de los pies.

SALAZAR.
¿Trecientas onzas de sangre, señor doctor, á una mujer de tan poco sujeto, que en todo su cuerpo no debe tener veinte onzas de sangre?

BOBO.
Pues que le saquen á ella esas veinte y hasta las que tuviese, que se ampare de sus parientes, que para eso son los parientes, para las necesidades.

SALAZAR.
¡Válame Dios, y qué poco que muestra saber este doctor! Dígame, señor doctor, vuesa merced, ¿en dónde se ha graduado de medicina?

PERICO.
Dile que en Bolonia.

BOBO.
Yo, señor, en Borgoña.

PERICO.
En Bolonia, bestia.

BOBO.
Pues para graduarse de bestia, ¿qué más tiene Bolonia que en Borgoña?

SALAZAR.
Ahora bien, señor, vuesa merced dice que no hay más que hacer sino que se sangre: yo la haré sangrar. Ve ahí vuesa merced un par de reales, y perdone vuesa merced de la miseria. *(Váse SALAZAR.)*

PERICO.
¡Oh, qué buen Lorenzo, que tenemos ya cuatro reales!

BOBO.
Ea, pues, vámonos al bodegón.

PERICO.
No, no, esperemos á que venga más gente, que hoy nos habemos de hacer de buena ventura.

(Llama de dentro el DOCTOR.)

DOCTOR.
¡Ah, Perico, mochacho, Lorenzo! Que no oye ninguno. Ahora bien, que yo me habré de aprear sólo.

PERICO.
¡Hola, Lorenzo! El amo es; vuélvete, y diremos que estabas tú con la ropa puesta, porque yo la estaba limpiando, porque si no hacemos esto nos ha de dar de palos.

BOBO.
Ea, pues, limpia tú.

Entra el DOCTOR.

DOCTOR.
¿Qué diablos estáis haciendo aquí vosotros, que vengo de camino y no haya uno allá fuera que me ayude á apearme? ¿Para qué tiene Lorenzo mi ropa?

PERICO.
Señor, estaba encima de esa silla, y vi que estaba cargada de polvo, y hésela hecho poner á éste para limpiarla.

DOCTOR.
Pues ¿en todo el día no habéis tenido tiempo deso hasta agora, ni de barrer esa entrada, que está llena de suciedad?

BOBO.
Señor, yo ya se lo dije á este otro que lo hiciera.

PERICO.
Señor, yo también se lo dije á él que la barriera.

Entra SALAZAR y un ALGUACIL, y la MUJER, y algún acompañante de ALGUACIL.

SALAZAR.
Señor alguacil, vuesa merced me ha de hacer justicia y castigar á este doctor, que es un animal y un bárbaro, que no sabe lo que se ordena, y que me ha hecho matar á mi mujer.

MUJER.
Digo, señor alguacil, que está mi madre muriéndose de una fajadura de higos y polvos de rejalgar que me hizo hacerle.

ALGUACIL.
¿Que es posible que el doctor no sepa lo que se hace? Vamos, señores, muéstrenmelo, y verán lo que pasa.

SALAZAR.
Este es, señor, el que tiene la ropa puesta.

ALGUACIL.
Téngase al rey.

DOCTOR.
¿Qué es esto, señores, en mi casa?

ALGUACIL.
¿Cómo en su casa? ¿Quién es el amo desta casa?

DOCTOR.
Yo soy, señor, que no nadie.

ALGUACIL.
Y ¿quién es el doctor?

DOCTOR.
Yo soy, señor, que ese otro es mi mozo.

ALGUACIL.
Pues vuesa merced se ha de tener al rey, que al doctor vengo á prender.

SALAZAR.
No, señor, no es él el que nos ha ordenado mal; aqueste otro que está con la ropa puesta es.

DOCTOR.
Ese, señores, es mi criado.

BOBO.
No, juro á diez, que yo soy el doctor, que

mientras él no ha estado aquí, he ordenado mejor que él podía ordenar; y sé que si se hubiera detenido ocho días fuera, que hubiera yo matado la mitad deste lugar de un borracho, y todo mal agradecido.

ALGUACIL.
Téngase al rey.

BOBO.
¿Qué han de tener, que aquí ninguno se cae? Téngase él si puede.

ALGUACIL.
¡Aquí, que me sacude!

BOBO.
Sí, de un borracho guadamacil, que os daré á vos y á todos más muchicones que podáis llevar.

(Aquí se dan unos á otros, y se entran pegando de porrazos, el BOBO detrás de todos, y se acaba el entremés.)

29

XX.—Entremés quinto: de Pedro Hernández y el Corregidor.¹

SON LOS QUE SALEN LOS SIGUIENTES:

UN LADRÓN.
UNA GITANA.
EL CORREGIDOR.

PEDRO HERNÁNDEZ, viejo.
TRES ALGUACILES.

Sale el LADRÓN y la GITANA.

LADRÓN.
¿Qué diablos me llevas en palabras, gitana, de que has de poner en las manos un hurto de consideración, y ha más de un mes que jamás hemos hurtado de diez blancas arriba?

GITANA.
Calla, que sí; yo estoy fuera de mí, y te he de poner en las manos la ropa del corregidor, como bien verás.

LADRÓN.
¿La ropa del corregidor? Pues ¿es posible eso?

GITANA.
¡Cómo! Ven tras mí y sígueme, y decirte he la traza que hemos de tener.

LADRÓN.
Ahora bien, anda acá.

(Éntrase éstos y sale el CORREGIDOR.)

CORREGIDOR.
Por cierto que digo verdad que es el mayor trabajo que hay en esta vida estar un hombre con mal servicio en su casa. Dígolo por mí, que me sirve un viejo flemático del diablo que me

¹ En la primera parte de las *Comedias de Lope de Vega*. Valladolid, 1609.

hace perder la paciencia si le quiero mandar algo; y le hubiera ya despedido de casa si no fuera porque lo tengo por hombre muy fiel, y así por eso lo sufro. Ahora bien, quiérollo llamar y decirle que, si ha mirado la casa, que me he de mudar, y qué le parece della. ¡Ah, Pedro Hernández, Pedro Hernández! ¡Qué digo! ¿No lo oís? Es perder la paciencia realmente, porque él ahora estará en lo más íntimo rincón de la casa espulgándose ó haciendo alguna cosa desas, ó remendándose las calzas. ¡Ah, Pedro Hernández!

PEDRO HERNÁNDEZ.

¿Qué manda, señor?

CORREGIDOR.

Salí acá, pecador de mí, que ha una hora que os estoy llamando. Acabá, salí; ¿qué estáis haciendo allá dentro, por vuestra vida?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Señor, ya voy, que me estoy sorbiendo un huevo.

CORREGIDOR.

¡Oh, qué flema de hombre! Acabá de salir.

Sale PEDRO HERNÁNDEZ, también con vara de alguacil.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ea, señor; ya estoy acá fuera; ¿qué es lo que quiere?

CORREGIDOR.

¿Qué os parece, por vuestra vida, Pedro Hernández, de la casa que me he de mudar? ¿No tiene buenos entresuelos, buenos porches, buenas ozoteas y barandas y buenas caballerizas?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Bien cabremos todos.

CORREGIDOR.

Cabréis vos, que sois un asno. Yo no os pregunto que si cabremos, sino si tiene alguna falta.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Sí, señor, una falta tiene notable.

CORREGIDOR.

Pues ¿qué falta, por vuestra vida?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Señor, es inhabitable; no se puede vivir en ella.

CORREGIDOR.

¿Y qué falta es esa?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Señor, está en tierra.

CORREGIDOR.

Pues ¿ha de estar en el cielo ó en la región del aire? ¡Válame Dios, cuán poco sabéis! Un hombre como vos, que tiene tantos años como una albarda vieja, ha de decir eso.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Otra falta tiene, señor, muy notable, que sólo por eso no se puede estar en ella.

CORREGIDOR.

¿Y es la falta?...

PEDRO HERNÁNDEZ.

Señor, que los perros del rey don Hernando se meaban en las paredes de la casa, y no se puede estar de mal olor que lanza.

CORREGIDOR.

Pues ha que murió el rey don Fernando cien años y más, ¿y había de durar el olor daquí agora?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Pues, señor, yo no le sé otra falta.

Tocan á la puerta, y son el LADRÓN y la GITANA.

GITANA.

¡Ah de casa! ¿Quién está en esta casa?

CORREGIDOR.

Pedro Hernández, mirá que llaman.

PEDRO HERNÁNDEZ.

¿Cómo, señor?

CORREGIDOR.

Que llaman á nuestra puerta.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Sí que no debe ser á nuestra puerta.

CORREGIDOR.

Sí es á nuestra puerta; ¿no veis que están quebrando la puerta?

GITANA.

Qué, ¿no hay nadie en esta casa? ¿No está aquí el señor corregidor?

CORREGIDOR.

Corre presto; abre, Pedro Hernández, que están dando á la puerta voces.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ea, mire bien si tocan á la nuestra puerta, no sea á la de algún vecino.

CORREGIDOR.

¡Oh, que hombre tan flemático! Acabá, abrí, que á la puerta de nuestra casa tocan.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Señor, asegúrese bien si tocan á la puerta de nuestra casa.

GITANA.

¡Ah de casa! ¿Qué, nadie responde?

CORREGIDOR.

¿Veislo? Acabá, salí y abrí esa puerta. ¿Quién es y qué quiere?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ea, ¿quién está ahí?

GITANA.

¿Está en casa el señor corregideros, corre-gideros, corre-gideros?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Esperaos. ¡Ah, señor!

CORREGIDOR.

¿Qué queréis?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Dicen que si está en casa.

CORREGIDOR.

¿Quién?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Vuesa merced.

CORREGIDOR.

Pues ¿no lo veís que estoy en casa? ¡Válame Dios y qué hombre tan simple! Decid que sí, que en casa estoy.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Asigure bien si está en casa.

CORREGIDOR.

Digoos que estoy en casa. Decildes que entren.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ea, acabá; entrá si queréis.

Entra la GITANA y el LADRÓN.

GITANA.

Señor corregidor, aquí le vengo á vuesa merced á pedir justicia. Mire vuesa merced que yo soy hija de una pobre labradora, y tenemos unas gallinas, y he sacado á vender unos huevos al mercado, y este mal hombre que viene conmigo hame concertado que me ha de pagar los huevos á veinte y cinco dineros la docena, y agora no me los quiere pagar sino á veinte y cuatro. Señor corregidor, que me azotará mi madre.

LADRÓN.

¡Justicia de Dios, señor corregidor!, que sacan al mercado unos huevos podridos que es vergüenza, y que paguen doce á veinte y cuatro son muy bien pagados.

CORREGIDOR.

¡Bueno es eso! ¿Vos no se los habéis concertado que los habéis de pagar á veinte y cinco? Acabá; pagaldos como los habéis concertado.

LADRÓN.

Digo, señor, que no lo pagaré tal.

CORREGIDOR.

¡Hola! Pedro Hernández, llevalde luego á la cárcel, presto.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ea, venga á la cárcel.

LADRÓN.

Yo no quiero; ¿á qué tengo de ir á la cárcel?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Señor, dice que no quiere ir.

CORREGIDOR.

Pues ¿vos habéis de mirar á si quiere ó no? Asilde de los cabezones y llevalde presto á la cárcel, y veamos si querrá ó no.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ea, acabe; venga; ¿qué quiere decir no? *(Éntranse el LADRÓN y PEDRO HERNÁNDEZ.)*

CORREGIDOR.

Ahora veamos si se han de burlar los hombres de los pobres labradores ni de nadie. ¡Bueno está, en verdad, que concierte de pagarle á la pobre mujer los huevos á veinte y cinco, y después que no los quieran pagar sino á veinte y cuatro!

Vuelve á salir PEDRO HERNÁNDEZ.

CORREGIDOR.

Y pues, Pedro Hernández, ¿queda el hombre ya á buen recado?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ya queda.

CORREGIDOR.

¿Cómo que queda? ¿No le habéis hecho poner grillos y alguna cadena, y le habéis encargado al carcelero que tenga cuenta con él?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ya queda.

CORREGIDOR.

¿Cómo que queda? ¿Adónde queda?

PEDRO HERNÁNDEZ.

En San Francisco.

CORREGIDOR.

¿En San Francisco? Pues ¿os digo que le llevéis á la cárcel y lo dejáis entrar en San Francisco?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Dijo que había de hablar con un fraile.

CORREGIDOR.

Pues aunque más dijera. ¡Ah, hombre bestia y simple, con una carga de años á cuestras, que caiga en esa ignorancia! Ahora bien, entrá allá dentro y sacáme la capa, la espada y la vara, que yo me habré de llegar allá.

PEDRO HERNÁNDEZ.

¿Qué he de sacar, señor?

CORREGIDOR.

¿Qué?, ¿aún no lo habéis entendido? La capa, la espada y la vara: presto.

PEDRO HERNÁNDEZ.

La capa, la espada...

CORREGIDOR.

Y la vara.

PEDRO HERNÁNDEZ.

La vara, la capa...

CORREGIDOR.

Y la espada, hombre del diablo, que aún no lo acabáis de entender.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ya, ya lo entiendo, señor, ya voy; la capa y la espada...

CORREGIDOR.

Y la vara. Acaba presto. *(Entra PEDRO HERNÁNDEZ por lo que le piden.)* ¿No acabáis, Pedro Hernández, de sacar eso?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ya voy, señor.

(Saca PEDRO HERNÁNDEZ espada y capa y vara, y lánzalo todo á los pies del CORREGIDOR, y el CORREGIDOR se quita la ropa de casa y la coge la GITANA, y se va con ella sin ser vista.)

CORREGIDOR.

Pues ¿qué modo de darme la capa es ese, Pedro Hernández? ¿Así lo dejáis todo en el suelo?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Pues ¡si no hay ningún poyo!...

CORREGIDOR.

Pues ¿por fuerza ha de haber poyo, que no me la podéis poner? Acabá; ponémela. *(Arrima PEDRO HERNÁNDEZ la vara á las espaldas del CORREGIDOR, y sube después encima la capa, ensuciándola toda, y después la toma y la saca de ahí y la pone al CORREGIDOR encima de la vara, y dále la espada para que se ciña.)* Por cierto, Pedro Hernández, que vos lo hacéis de una manera que es vergüenza de veros. Acabá, dadme la vara.

PEDRO HERNÁNDEZ.

¿La vara, señor?

CORREGIDOR.

Sí, vara; ¿no la habéis sacado?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Sí, señor, ya la saqué, y no sé adónde me la he puesto.

CORREGIDOR.

Pues ¿qué la habéis hecho?

PEDRO HERNÁNDEZ.

¡Oh!, aquí está, señor, que yo la había arriado á sus espaldas.

CORREGIDOR.

¡Mirá en dónde la había puesto! Acabá; entrá esa ropa que me he quitado allá dentro.

PEDRO HERNÁNDEZ.

¿La ropa, señor? ¿Adónde está?

CORREGIDOR.

Ahí está, que agora me la he quitado.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Yo no la veo ni parece.

CORREGIDOR.

¿No la habéis entrado, acaso, allá dentro?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Yo, señor, no la he tocado, cuanto más entrado allá dentro.

CORREGIDOR.

¿Qué se ha hecho aquella mujer que estaba aquí?

PEDRO HERNÁNDEZ.

No sé cierto, señor.

CORREGIDOR.

Vaya, que ella se me lleva mi ropa. Ahora conozco que éstos eran ladrones. Pues ¿á mí con eso? Ahora bien; Pedro Hernández, vos habéis de salir corriendo y á llamarme aquí á todos los alguaciles; y vos daréis una vuelta por la plaza, y veréis si acaso halláreis algún rastro de mi ropa; y esto cón diligencia.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ya voy, señor. *(Vase PEDRO HERNÁNDEZ.)*

CORREGIDOR.

Pues ¿á mí con eso, señores ladrones? Ahora digo que he de hacer un castigo ejemplar, si ellos viniesen á mis manos.

Entran tres ALGUACILES.

ALGUACIL PRIMERO.

¿Qué nos manda el señor corregidor que hagamos, que nos ha enviado á llamar con Pedro Hernández?

CORREGIDOR.

Señores, á mí me han hurtado mi ropa de levantar, la que llevo por casa, y esto se ha de castigar y dar orden de hallar á los ladrones.

ALGUACIL SEGUNDO.

¿Y no tiene vuesa merced sospecha de nadie?

CORREGIDOR.

Una mujercilla vino aquí con un pleito de unos huevos, y mujer ha sido ó diablo, que no sé cómo se nos ha desaparecido de entre las manos.

ALGUACIL TERCERO.

¡Bueno está eso por cierto!

(Toca á la puerta la GITANA en un manto cubierta.)

GITANA.

(Dentro.) ¡Ah de casa!

ALGUACIL PRIMERO.

¿Quién está ahí?

GITANA.

Yo soy, señor, que quiero hablar una palabra al señor corregidor.

ALGUACIL SEGUNDO.

Entreveamos lo que ella querrá.

Entra la GITANA.

GITANA.

Señor corregidor, yo tengo entendido que á vuesa merced le han hurtado la ropa, y yo he visto en la plaza á una mujer que la vendía, y un alguacil viejo ví que, porque la mujer no la vendiera en este lugar donde había de ser conocida luego, le dió á la mujer dineros para que pasase á otro lugar á venderla.

CORREGIDOR.

¡Que esto pase! ¿Quién puede ser, que todos los alguaciles están aquí? Sólo Pedro Her-

PEDRO HERNÁNDEZ.

Pues vos, alguacil mayor, arrimá hoy la vara.

ALGUACIL PRIMERO.

Pues ¿por qué he de arrimar la vara?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ea, acabá, que hoy yo mando: arrime.

ALGUACIL PRIMERO.

Mire, señor Pedro Hernández, que soy alguacil mayor, y no se me ha de tratar de esa suerte.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ea, acabe; arrime.

ALGUACIL PRIMERO.

Tome, señor, la vara, que hoy vuesa merced me parece que manda.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Váyase. *(Vase el ALGUACIL PRIMERO.)*

ALGUACIL SEGUNDO.

Ahora me ha de valer la amistad que tengo con Pedro Hernández en que á mí no me hará arrimar la vara.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Señor alguacil menor, arrime también la vara.

ALGUACIL SEGUNDO.

¿Cómo, cómo! ¿Pues á mí, señor Pedro Hernández? ¿Qué, ¿ya no se acuerda de la amistad vieja?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ea, arrime: acabe, que hoy yo mando.

ALGUACIL SEGUNDO.

Tome, señor; véla ahí la vara.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Váyase. *(Vase el otro ALGUACIL.)*

ALGUACIL TERCERO.

¡Oh, qué bien que lo hace Pedro Hernández! Ahora sí que se valdrán las varas, que no quedaremos en todo este lugar sino Pedro Hernández y yo.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ea, señor; arrime él también.

ALGUACIL TERCERO.

¿Pues yo también, Pedro Hernández? ¿Qué, ¿no ha de valer nada la amistad y compadraje, señor Pedro Hernández?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ea, acabe, arrime.

ALGUACIL TERCERO.

Mire, señor Pedro Hernández, que soy alguacil viejo, y no es razón que ahora arrime la vara.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ea, acabe; arrime, y no tenga tantas razones.

nández falta. Ya sé lo ques. Vaya, que Pedro Hernández el que daba los dineros. Ahora bien, ya tengo esperanza de cobrar mi ropa; y por el cuidado que habéis tenido vos, buena mujer, tomá para una toca.

GITANA.

Beso á vuesa merced las manos. *(Vase.)*

CORREGIDOR.

¡Que eso pase! ¡Bueno es por vida mía! De quien yo más confianzas tengo y lo tengo en mi casa, ¿ese me anda en esos tratos?

Entra PEDRO HERNÁNDEZ.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Señor, ni parece la mujer ni la ropa, y he mirado por todo el pueblo de cabo á cabo y no se halla.

CORREGIDOR.

¿De manera, Pedro Hernández, que vos habéis dado dineros á la mujer que me hurtó la ropa, porque no la vendiera aquí, sino que pasase á otra parte adonde no fuese conocida? Eso es dar á entender que vos tenáis concierto con la mujer para que la hurtase, ó que ya que eso no sea, que no queréis que se venda en este lugar, porque no vuelva la ropa á mi poder.

PEDRO HERNÁNDEZ.

¿Quién dice que yo he dado dineros á la mujer?

CORREGIDOR.

Aquí me lo han venido á decir que lo habéis hecho delante toda la plaza.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Pues dígalo toda la plaza, y tómenlos á todos los que había en juramento, y cuando ellos digan y juren que yo lo he hecho, yo digo que mienten.

CORREGIDOR.

Ahora, señor, el negocio es este: que ya de hoy más son acabados cuentos. Hoy podéis mandar como mi persona misma, pero mañana habéis de arrimar la vara.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Acabóse.

CORREGIDOR.

Pues acabóse.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Acabóse.

CORREGIDOR.

Pues acabóse.

PEDRO HERNÁNDEZ.

¿De manera, señor, que hoy yo mando, y mañana ya acabóse?

CORREGIDOR.

Sí, señor. Hoy vos mandáis y podéis hacer y deshacer; pero mañana acabóse, porque habéis de arrimar la vara.

ALGUACIL TERCERO.

Tome, señor: vé ahí la vara.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Váyase. (Vase el ALGUACIL TERCERO.)

CORREGIDOR.

Digo, Pedro Hernández, que me habéis dado el mayor gusto del mundo de ver de la manera que habéis despedido á todos los alguaciles.

PEDRO HERNÁNDEZ.

¡Señor!

CORREGIDOR.

¿Qué queréis?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Que arrime.

CORREGIDOR.

¿Cómo que arrime?

PEDRO HERNÁNDEZ.

La vara.

CORREGIDOR.

¿Pues yo, Pedro Hernández?, ¿qué? ¿Daisos á entender que soy yo alguacil?

PEDRO HERNÁNDEZ.

Ea, arrime.

CORREGIDOR.

Ahora bien; mi palabra no puede volver atrás. Hoy yo he dicho que podéis hacer y deshacer. Tomá, señor, véis ahí la vara.

PEDRO HERNÁNDEZ.

Váyase. (Vase el CORREGIDOR.) Y ellos en acabando la comedia, váyanse.

(Aquí se acaba el quinto entremés cogiendo PEDRO HERNÁNDEZ todas las varas, y se las carga y entra.)

30

XXI.—Segundo entremés: de Pero Hernández.¹SON FIGURAS:²

PERO HERNÁNDEZ y el CORREGIDOR, y LADRÓN GRANDE y PEQUEÑO, y sus ALGUACILES los más que hubiere.

MUCHACHO.

Señor, tome sus guitarras y allá se avenga con su flor, porque está marchita y manoseada de todos y no quiero perro con cencerros, pues dicen «quien adelante no mira, atrás se halla».

LADRÓN.

Pues ¿qué es la causa de tan súpita mudanza?

¹ Bib. Nac. Manuscrito de cuatro hojas, en folio, á dos columnas; letra del siglo XVI (incompleto al final). Signatura C-1-6.

² Intervienen además D.^o (que parece es la mujer del CORREGIDOR); una CRIADA; la mujer de PERO HERNÁNDEZ y MÚSICOS.

MUCHACHO.

No querer que anden los danzantes en mis espaldas, ni hacer són con mi ronca voz, ni que sirva mi gatzate de clavija para templar el instrumento con que se podría cantar *miserere mei* antes de la semana santa.

LADRÓN.

Pues ¿cómo al mejor tiempo, tizeretas?

MUCHACHO.

Sí, señor; que, como dicen, «más vale tarde que nunca», y no quiero que se vengue Pero Hernández de mí; que al fin le quitaron la vara, y mal vivir no puede durar.

LADRÓN.

Y ¿qué trae por el camino? Si nos hemos de ir, ¿viénesse man-vacío?

MUCHACHO.

Toca esos guesos, ladrón, y no tengas pena; porque á fe que he hecho buena presa.

LADRÓN.

Sepamos qué es la presa.

MUCHACHO.

Ya te acuerdas cómo hurté la ropa al corregidor y quedé por paje de su mujer.

LADRÓN.

Muy bien me acuerdo.

MUCHACHO.

Pues has de saber que le cogí el cofrecito de las joyas; por eso pongámoslo en cobro.

LADRÓN.

Métemelo en estas uñas, y no quieras más cobro.

MUCHACHO.

Hélo aquí; cojamos los del martillado y vámonos de aquí.

LADRÓN.

Pues vete por esa calle y yo me voy por esta otra, y juntémonos camino de Almorox.

MUCHACHO.

Sea norabuena; no va malo mi intento. ¡Qué agudillo va el señor y qué contento pensando que lleva las joyas! Pues aunque yo fuera un asno no se las diera. El cofrecito sí, porque si algo sucede le hallen en su poder; que cuando vengan á entender que yo se le dí, no creerán que se le dí sin joyas; cuanto más que, si las joyas le diera al ladrón, habíame yo de fiar dél ni creerme debe ir por ahí, que yo voy por acá, si pegado á él como garrapata, no va bien quien no sabe de revuelta; no vaya conmigo, porque el ladrón, en saliendo del pueblo, ha de mirar lo que lleva, y visto que no es nada se ha de volver aquí en mi busca, y no será mucho cogelle de manos á boca; quiérome guiñar no suceda otro tanto.

D.^o

¡Hola, criados! ¿Qué es esto?, ¡ay de mí!
¡Hola, mozas! ¿Qué hacéis?

CRIADA.

Será que manda vuesa merced.

D.^o

¿Cómo que mando, perra? ¿Qué es de mi cofre de las joyas?

CRIADA.

¡Jesús, señora!, ¿y á mí me lo pide vuesa merced?; ¿no le tiene en su arca?

D.^o

¿En mi arca? ¡Ay desventurada de mí; en mal punto nací!

CORREGIDOR.

¿Qué alboroto es éste que habéis, señora?

D.^o

¡Ay, señor... ¡El cofre de mis joyas!...

CORREGIDOR.

¡Hola, mozas! Señora, ¿qué es esto? Moza: trae un jarro de agua. Alguaciles, ¡hola!, ¿no hay nadie?

ALGUACIL.

¿Qué manda vuesa merced?

CORREGIDOR.

¿No traen el agua?

CRIADA.

Héla aquí, señor.

CORREGIDOR.

Señora, tomá por mi vida.

D.^o

¡Ay, ay, ay!

CORREGIDOR.

¡Jesús, señora!, volvé en vos, dejá las joyas; que más va en vuestra vida y salud.

D.^o

¡Ay, señor, que aquel pajecillo que me dísteis me las ha llevado!

ALGUACIL.

¡Que me maten si no es así!

CORREGIDOR.

¿Cómo lo sabéis vos?

ALGUACIL.

Parecía muy gran bellaco.

CORREGIDOR.

Pues id todos á buscallo por diferentes caminos, que yo voy por el de Almorox, y allí os aguardo con sí ú con no.

LADRÓN.

¿Ha visto el rapaz cómo me engañó con el cofre? Ahora bien, quiérome poner en hábito de labrador para entrar en Almorox por si vienen en seguimiento que no hallen rastro de mí... ¡Qué es lo que veol, ¿eres tú?

MUCHACHO.

Pues ¿quién había de ser? ¡Pensó el ladrón irseme con las joyas!

LADRÓN.

Ladroncillo, que no me diste cosa.

MUCHACHO.

¿Cómo no? Venga el cofre.

LADRÓN.

Hélo aquí podrido, que está tan manido como me lo dió.

MUCHACHO.

Pues ¡vive el dador de la luz que han de parecer las joyas!

LADRÓN.

Meta la mano en el falso peto, que yo sé que las hallará.

MUCHACHO.

Toca, ladrón, que yo tengo las joyas, no tengas pena; pero que orden tenemos de entrar en Almorox, porque guarda Pero Hernández, el que quitaron la vara el otro día.

LADRÓN.

No hay remedio, porque te conocerá por el hábito.

MUCHACHO.

Por el hábito á los bobos; que yo soy malo de engañar. Hermano, hermano, quien da en este oficio ha menester mudar por momentos el pellejo como culebra, y ponerse de tantos colores como el camaleón, y hacer más mudanzas que un danzante, y saber más caminos que tiene una carta de navegar, y hablar más lenguajes que un farsante, y tener más uñas que un gabilán, y más piernas que un ciento pies; finalmente, más llaves que un cerrajero y más ojos que Argos.

LADRÓN.

¡Válate el diablo, lo que sabes y lo que entiendes! Por nuestro Señor, que pareces puramente á una hija que tengo.

MUCHACHO.

Y tú al padre que me engendró, y estos sean nuestros nombres si algo sucediere.

ALGUACIL.

¡Tened, no se mueva nadie!

LADRÓN.

Tenidos somos,

ALGUACIL.

¿Qué gente?

MUCHACHO.

¿Diz qué gente? Cristianos.

CORREGIDOR.

Afuera, desviaos; ¿habéis hallado rostro?

ALGUACIL.

Señor, ninguno.

CORREGIDOR.

¿Qué gente es ésta? ¿Quién sois?

LADRÓN.

Señor, de aquí somos, de Paredes, y traigo á esta hija mía aquí, á Almorox, á poner con amo.

PERO HERNÁNDEZ.

No podéis entrar acá; desviaos.

CORREGIDOR.

¡Ah Pero Hernández, nos guardáis!

PERO HERNÁNDEZ.

No se me da nada; desviaos.

ALGUACIL.

Acemilón, ¿no véis que es el señor corregidor?

PERO HERNÁNDEZ.

Á la otra puerta, que hay letrados; no entréis por acá.

CORREGIDOR.

Decid, Pero Hernández, ¿estáis en vos?

PERO HERNÁNDEZ.

Desviá el bau[1], que no habéis de entrar acá.

CORREGIDOR.

Llama un regidor, anda.

PERO HERNÁNDEZ.

Haga lo que le mando; desviaos.

MUCHACHO.

Pues si no nos deja entrar, tome su cofrecito, que no le queremos.

CORREGIDOR.

Aguarda, ¿qué cofre es éste? Sed preso; sed vos preso también, Pero Hernández.

PERO HERNÁNDEZ.

Desviaos, no podéis entrar acá.

CORREGIDOR.

Tened al rey.

PERO HERNÁNDEZ.

Desviá el baul; no podéis entrar.

CORREGIDOR.

Sed preso ú muerto.

PERO HERNÁNDEZ.

Desviaos, sanos estamos en el lugar; no podéis entrar acá.

CORREGIDOR.

Vení acá; ¿vos, de dónde hubistes este cofrecito?

LADRÓN.

Señor, estándole rogando que nos dejase entrar, le tenía él en las manos, y como mi hija le vido..., en fin, es muchacha y pidióme que se le comprare, y por Dios que le daba veinte y cinco y medio.

PERO HERNÁNDEZ.

Desviaos; no podéis entrar acá.

CORREGIDOR.

Que no queremos entrar. Vení acá: ¿y no tenía este cofre ninguna cosa dentro?

MUCHACHO.

Sí, señor; él lo sacó y se lo metió en las calzas.

CORREGIDOR.

Vení acá, mozo, esas calzas.

PERO HERNÁNDEZ.

Por nuestro Señor que suelte; desviaos, no podéis entrar acá.

CORREGIDOR.

Alguaciles, arremeted con él. ¿Qué bellaquería es ésta? ¿No veis que no tiene aparejo el arcabuz?

PERO HERNÁNDEZ.

Desviaos, que Almorox está sano.

(Aquí le asen y le sacan las joyas de las calzas, y él suelta el arcabuz y echa mano á su espada y vuelve á su tema, hasta que el MUCHACHO descubre lo que pasa y dice):

MUCHACHO.

Señor corregidor, sosiéguese vuesa merced; que pues Pero Hernández es tan bueno, guarda y sirve tan bien á la justicia, no es razón que sea tan mal galardonado; pero si vuesa merced nos da la palabra á mí y á mi padre de perdonarnos, le diremos cosas de mucho contento declarando la historia de Pero Hernández, desde la ropa de vuesa merced hasta el cofre de las joyas de su mujer de vuesa merced.

CORREGIDOR.

Pues á fe de caballero que os perdono todo cuanto me hubiéredes hecho.

MUCHACHO.

Pues míreme vuesa merced bien.

PERO HERNÁNDEZ.

Daca la ropa; éste es, señor corregidor, el que la hurtó.

CORREGIDOR.

Sosegaos, ven acá. ¿No eres tú el labradorcillo de los güebos?

MUCHACHO.

Sí, señor, y Pero Hernández no tiene culpa ni supo cosa en el hurto de la ropa.

PERO HERNÁNDEZ.

¡Calla, calla!

CORREGIDOR.

Dejalde hablar, que en vuestro habla. Ven acá. ¿Por qué engañaste aquel hombre honrado, diciendo que le tenías vendidos los huevos?

MUCHACHO.

Antes él me trae engañado á mí.

CORREGIDOR.

Pues ¿conóscete ú sabes dél?

MUCHACHO.

Mande vuesa merced que mi padre se quite aquel hábito.

CORREGIDOR.

Yo los perdoné.

PERO HERNÁNDEZ.

¿Y yo no? Vení acá, que os quiero sentenciar.

LADRÓN.

Señor corregidor, ya que vuesa merced nos perdonó...

MUCHACHO.

Señor corregidor, mire vuesa merced que yo...

PERO HERNÁNDEZ.

Callad vos, nos metáis aquí; callá, que los quiero sentenciar; vení acá, ¿sois casado?

LADRÓN.

No, señor.

PERO HERNÁNDEZ.

Pues en pago de tu delito, te mando que te cases, y tú andate conmigo.

CORREGIDOR.

¡Oh qué bueno!; en buena fe no es mejor desterrado.

PERO HERNÁNDEZ.

No, que no puede estarse esta tierra sin ladroncitos, pues destierro á éstos, que otros habrá. Calláis, esos son conocidos.

CORREGIDOR.

Ahora bien; dejemos eso, y dígame también si allá, con ser casado, se le manda á un ladrón que en pago de su delito se case.

PERO HERNÁNDEZ.

Sí, y no hará poco si lo cumpre.

CORREGIDOR.

¿Ha mucho que es casado, señor corregidor?

PERO HERNÁNDEZ.

Antier.

CORREGIDOR.

¿Y tan presto está cansado?

PERO HERNÁNDEZ.

Sí, que es muy muchacha, y me ha hecho gastar mi hacienda para adrezalla.

CORREGIDOR.

Mande vuesa merced que la veamos para darle el parabién.

PERO HERNÁNDEZ.

¡Hola!, salí acá, Margarita, y adrezate lo mejor que pudiéredes.

MUCHACHO.

Señor corregidor, nosotros somos músicos, y la iremos á acompañar con las guitarras.

PERO HERNÁNDEZ.

No, que le hurtaréis el alzacuello.

(Aquí sale la MUJER de PERO HERNÁNDEZ, los ALGUACILES y MÚSICOS con ella, y dando una vuelta por el tablado...)

CORREGIDOR.

Quitá, quitá; presto, presto.

PERO HERNÁNDEZ.

Al arca, éste es el del arca.

CORREGIDOR.

Dejalde, dejalde.

PERO HERNÁNDEZ.

Yo le conozco, éste es alarca.

CORREGIDOR.

Dejalde hablar. Veni acá. ¿Mas que es éste? ¿Pareceos bien esto?

LADRÓN.

Mire vuesa merced, señor corregidor, que soy hombre honrado; trátame bien.

ALGUACIL.

El ladrón setenado, que estoy por horadalle los carrillos.

CORREGIDOR.

Dejalde, que al fin les he dado mi palabra y no la puedo quebrantar; sólo quisiera hallar al pajecillo que anduvo en esto.

MUCHACHO.

Míreme vuesa merced bien, y conózcame.

CORREGIDOR.

¡Oh, bellaco! Tú eres. ¿Por qué le dáis?

PERO HERNÁNDEZ.

Este es el que dijo que yo había hurtado la ropa.

CORREGIDOR.

Vois tenéis muy gran razón; sosegaos. Oid vosotros, ¿cómo se hallaron en poder de Pero Hernández las joyas?

MUCHACHO.

Señor, como vimos la justicia, yo me llegué á él y se las metí en las calzas.

CORREGIDOR.

¡Bellacos, y cómo merecades muy gran castigo! Pero al fin he dado mi palabra y no la puedo quebrantar; y vos, Pero Hernández, pues también habéis pobrado vuestra intinción, oidme. Su Majestad me manda vaya á servir á la otra parte y que deje quien gobierne esta tierra; yo no hallo otro hombre más suficiente que vos para ello; por tanto, tomá esta vara, y en nombre de Su Majestad gobernaes esta tierra.

PERO HERNÁNDEZ.

Sí, de muy buena gana. En fin, ¿que so corregidor?

CORREGIDOR.

Vuesa merced es corregidor, y vosotros, pues, sois perdonados; andad y no parezcáis en la tierra, porque os haré ahorcar.

PERO HERNÁNDEZ.

¿Quién los ha perdonado?

31

XXII. — Entremés sexto: de los Alimentos.¹

SON FIGURAS LAS SIGUIENTES:

UN VIEJO.	UN ALGUACIL.
SU MUJER.	UN ESCRIBANO.
UN HIJO.	UN VECINO.
EL BOBO.	

Salen el BOBO y su AMA, y de dentro dice uno: «Págame.»

BOBO.

¿Qué te tengo de pagar, borracho?

AMA.

¿Qué es esto, señor? ¿Siempre habemos de tener quejas de vos? ¿Qué es esto?

BOBO.

¿Qué quiere que sea? No es nada.

AMA.

Pues ¿qué voces son estas que os daban?

BOBO.

Yo se lo diré. Con ese jodío del tendero lo había.—No te quiero pagar, que me diste en el turrón más moscas que piñones; no te quiero pagar.

AMA.

Pues si se lo debéis, ¿por qué no se lo pagáis?

BOBO.

Señora, yo tengo de hacer lo que me decía mi agüela, si cumpre, que me decía: «Hijo, sé siempre el que debes»; y ya soy el que debo, y no quiero pagar.

AMA.

¿Y es bien hecho, señor? Paga, que los buenos pagan.

BOBO.

¿Los buenos pagan? Pues yo no tengo, no puedo pagar, y el día de hoy los buenos no pagan.

Sale el HIJO y su padre, VIEJO, huyendo el hijo de su padre, que va tras él con una daga.

HIJO.

Alimentos me ha de dar, aunque le pese.

VIEJO.

¿Ladrón! ¿Qué alimentos? Desherédote.

HIJO.

¿Alimentos, alimentos!

BOBO.

¿Qué pides, borracho, monumentos, si no los supieron guardar tus antepasados?

¹ En la primera parte de las *Comedias de Lope de Vega*. Valladolid, 1609.

MUJER.

¿Qué es esto, señor? Reportaos.

VIEJO.

Apartaos, señora; dejáme.

HIJO.

Alimentos me ha de dar, que no soy hijo aborto, sino legítimo.

BOBO.

No es hijo alboroto, pero alborotará un barrio.

HIJO.

¿A la justicia me voy que me hagan dar alimentos para comer, que no tengo de perecer [de] hambre.

BOBO.

No lo acertáis en eso, que para pedir de comer más vale ir á la misericordia que no á justicia.

VIEJO.

¿Qué os parece, señora, de las desvergüenzas de vuestro hijo?

MUJER.

¿Qué queréis que me parezca, sino que como vos no lo paristeis, no sentís el verle andar desta manera? Que si vos le parierades, á fe que no lo hiciérades tan mal con él. ¡Ay, ay! *(Y esto lo dice llorando y sollozando.)*

VIEJO.

Andad, señora, dejaos de eso, que es un ladrón.

BOBO.

Mire cómo él no le parió, que á fe que si le pariera como yo le parí, no parí, que miento, que no le echara desa manera. ¡Ay, ay!

VIEJO.

¿Véis aquí? Vos sois causa que se me atreva el mozo.

(Dicen de dentro):

ALGUACIL.

¿Ah de casa! ¿Quién está acá?

BOBO.

¿Quién está ahí?

ALGUACIL.

Un alguacil.

BOBO.

¿Quién es?

ALGUACIL.

La justicia.

BOBO.

No hay quién os entienda. Endenantes érades un alguacil, y agora sois la justicia: debéis de estar desaminado de entramos oficios, como sastre y calcetero.

Entra el ALGUACIL y ESCRIBANO.

ALGUACIL.

¿Quién es aquí el señor Carmona?

VIEJO.

Yo soy, para servir á vuesa merced. ¿Qué es lo que manda?

ESCRIBANO.

No se altere vuesa merced, sino llame los criados que tuviere en su casa, que importa para cierto negocio que venimos á hacer.

VIEJO.

Los criados que yo tengo no es más deste mozo.

ESCRIBANO.

Pues apártese vuesa merced un poco. Llegaos acá, hermano.

BOBO.

Llegaos acá vos.

ESCRIBANO.

Mire vuesa merced la desvergüenza del mozo. Arrebátelo y póngalo en la cárcel.

BOBO.

Venga la cárcel acá, que yo no quiero ir allá.

ESCRIBANO.

Llegaos acá, y poné aquí la mano.

BOBO.

Ya eso es viejo; ¿pensáis que no lo sé? Qué, ¿queríades agora vos que yo pusiera la mano y que esotro alzara el espárrago del rey y me diera? No, señor.

ESCRIBANO.

Acabá, que no queremos sino que juréis acerca de los alimentos del hijo de vuestro amo.

BOBO.

¿Eso es? Pensé que me queríades burlar.

ESCRIBANO.

Poné aquí la mano que juráis á Dios de decir verdad.

BOBO.

Luego, ¿queréis que jure?

ESCRIBANO.

Sí, hermano.

BOBO.

Pues no quiero jurar.

ESCRIBANO.

¿Por qué no queréis jurar?

BOBO.

¿Quién me manda que jure?

ESCRIBANO.

Yo os lo mando.

BOBO.

Pues Dios me manda que no jure. «El segundo no jurar.» No lo quiero hacer.

ESCRIBANO.

Acabá, dejaos deso. Poné aquí la mano, que

juráis á Dios y á esta cruz de decir verdad. Si así lo hiciéredes, Dios os lo ayude, y si no os lo demande mal y caramente.

BOBO.

Demándetelo á ti como bellaco.

ALGUACIL.

Tené; ¿qué es lo que hacéis?

BOBO.

Pues ¿qué tiene que hacer el jurar con demándetelo Dios mal y caramente?

ESCRIBANO.

¿No véis que es para que tenga más fuerza el juramento? Decí: «sí, juro».

BOBO.

Sí, juro.

ESCRIBANO.

¿De dónde bueno sois?

BOBO.

No soy bueno de ninguna parte.

ESCRIBANO.

¿Cómo no?

BOBO.

Dice mi amo que no hay más mal mozo de aquí á Matusalén.

ESCRIBANO.

Dejaos deso. ¿De qué tierra?

BOBO.

¿Soy hongo, para ser de tierra?

ESCRIBANO.

No digo eso, sino de dónde sois.

BOBO.

De donde me parieron.

ESCRIBANO.

¿Dónde os parieron?

BOBO.

Donde estaba mi madre.

ESCRIBANO.

¿Dónde estaba vuestra madre?

BOBO.

¿Par Dios, que no me acuerdo! Como era chicutillo...

ESCRIBANO.

No os digo sino de qué lugar.

BOBO.

¿El lugar? Pues ¿para percular el lugar andáis por rodeos? De Mollorudo.

ESCRIBANO.

¿De Mollorido? Y ¿cómo os llamáis?

BOBO.

¿Cómo se llama aquel santo santo que asaron?

ESCRIBANO.

¿Cuál santo?

BOBO.
Aquel santo del Escorial.

ESCRIBANO.
San Lorenzo el Real.

BOBO.
Pues un real menos me llamo; no hay sino regatearlo, y en dándole un real menos, ese es mi nombre.

ESCRIBANO.
De manera que os llamáis Lorenzo: ¿de cómo?

BOBO.
No soy sino Lorenzo sin comer.

ESCRIBANO.
¿Lorenzo á secas?

BOBO.
Ya se me quitaron.

ESCRIBANO.
¿Qué?

BOBO.
Dos secas que tenía tan gordas.

ESCRIBANO.
No digo sino el sobrenombre.

BOBO.
¿La caperuza?

ESCRIBANO.
El albolengo pregunto, el alcuña.

BOBO.
¿El alcuña? ¿Cómo se llama, cómo se llama aquella Nuestra Señora de los muchos burujones?

ESCRIBANO.
Nuestra Señora de Guadalupe.

BOBO.
No digo sino la de la tierra de los pistoletés.

ESCRIBANO.
Nuestra Señora de Monserrate.

BOBO.
Pues juntá esos dos santos, y ese es mi nombre.

ESCRIBANO.
¿De manera que os llamáis Lorenzo de Monserrate?

BOBO.
Pues, borracho, ¿sabéis el nombre y estaisme quebrando la cabeza?

ESCRIBANO.
Majadero, ¿no miraréis lo que hacéis? Vení acá. ¿Qué sabéis en este negocio de los alimentos del hijo de vuestro amo?

BOBO.
En eso, mire: mi amo es un jodío. Yo se lo diré. El viejo sacó aquel cochillo con la cajueta de hierro.

ESCRIBANO.
¿La daga?

BOBO.
Sí, la daga, y corrió tras él.

ALGUACIL.
¿Y hirióle?

ESCRIBANO.
Y que el viejo corrió tras su hijo y le dió una cuchillada.

BOBO.
Tené, pues no se la dió el otro con la draga y dáisela vos con la pluma.

ESCRIBANO.
¿Cómo no? Pues ¿cómo iba echando sangre?

BOBO.
Señor, había comido una morcilla cruda y íbala gomitando, y más se me olvida. Apartenle allá á mi amo, que hay mucho en que entender.

ESCRIBANO.
Apártese vuesa merced allá. Ven acá, hijo, ¿qué es lo que hay? ¿Sabes otra cosa?

VIEJO.
Mozo, ¿qué es lo que dices?

BOBO.
Miren que me tira para que no lo diga.

ALGUACIL.
No le tire vuesa merced.

BOBO.
Señor, mi amo le mató.

ESCRIBANO.
Peor es eso. ¿Muerte ha habido? No hay nada encubierto. ¿Qué fué, hijo?

BOBO.
¿Ah, pobre mozo, y qué mal logrado!

ESCRIBANO.
¿Era mozo?

BOBO.
Sí, mozo, mozo. ¡Ah, pobre mozo!

ESCRIBANO.
¿Tenía barbas?

BOBO.
Sí, ya las tenía largas; ¡la mayor lástima del mundo!

ESCRIBANO.
¿Y cómo fué?

BOBO.
Miren: el mozo salía del corral, y mi amo estaba en la ventana, y así como le vió, cogió la mano del almirez y dale en aquella cabeza, y luego murió; ¡la mayor lástima!

ESCRIBANO.
¿Matóle?

BOBO.
Sí, que no habló más palabra.

ESCRIBANO.
¿Y era forastero ó del lugar?

BOBO.
Forastero era el pobre.

ESCRIBANO.
¿Y quién era él?

BOBO.
El gato.

ESCRIBANO.
Andá con Dios: ¡miren el mentecato! No nos matan otros cuidados, sino vuestros disparates. Dejaos deso, y firmá aquí lo que está escrito. Tomá ese proceso: ¿sabéis firmar?

BOBO.
Sí, señor; pues ¿no había de saber? Démele, que á fe que se ha de holgar de ver la letra.

(Apártanse el ALGUACIL y el ESCRIBANO con la MUJER, y hablan aparte; y entretanto saca el BOBO los algodones del tintero y hace una cruz de esquina á esquina del papel.)

ESCRIBANO.
Señor, vuesa merced se haya bien con su hijo, y mire que es obligación alimentarle, para excusarse de gastar su dinero en pleitos.

VIEJO.
No me traten vuestas mercedes deso, que es nunca acabar.

BOBO.
Ea, ven aquí la firma. ¿Qué les parece della?

ESCRIBANO.
Pues ¿cómo firmas desa manera?

BOBO.
Señor, yo firmo de obra gruesa; á lo menos yo huélgome que mi firma será conocida entre todas las del concejo.

ALGUACIL.¹
¿Cómo firmáis así?

BOBO.
Señor, hago mi firma y las armas de mi amo, todo de una vez.

Entra un VECINO.

VECINO.
¡Ah de casa! ¿Está aquí el señor Carmona?

VIEJO.
¿Qué manda vuesa merced en que sirva?

VECINO.
Servir á vuesa merced, señor Carmona. Como tan servidor de vuesa merced me atrevo á suplicarle que tenga por bien de remediar á su hijo, y no le consienta que ande tan distraído, que es lástima que ande como anda; y de puro aburrido le encontré en el campo que iba á ahorcarse, y yo le quité la soga y le truje, porque no hiciese algún disparate, que después le pesara á vuesa merced. Y así, si algo puedo

con vuesa merced, le suplico que le recoja, y á vuestas mercedes le suplico que se lo rueguen.

TODOS.
Ea, señor Carmona, bastan los enojos: lo pasado sea pasado.

(Hincase el BOBO de rodillas.)

BOBO.
Enternécete, Pilatos.

VIEJO.
Por mandármelo vuestas mercedes, lo haré. ¿Dónde está?

VECINO.
Aquí le tengo. Si vuesa merced manda, le traeré.

VIEJO.
Tráigale.

(Entra el Hijo de rodillas con un sombrero alto, y dentro unos naipes, vestido de estudiante, muy roto; y así como le ve el BOBO, también se hinca de rodillas y se da en los pechos.)

ESCRIBANO.
¿Qué es lo que hacéis, hermano?

BOBO.
¿No es de los santos de Ingalaterra?

Hijo.
Señor padre, yo vengo con propósito firme de no dar más disgustos á vuesa merced, y á pedirle perdón de lo hecho. Y porque se entienda que es verdad, yo me quiero ir á un monte á hacer penitencia, y vengo á que vuesa merced me dé su bendición. *(Quitase el sombrero y cáense los naipes.)*

BOBO.
¡Ay, que se le ha desensartado el rosario!

VIEJO.
¿Qué le parece á vuesa merced? ¿Es la enmienda esa, mancebo?

Hijo.
No se escandalice, señor padre, que no está en mí la culpa, sino que un amigo, como me vió tan roto y sin sombrero, me dió éste, y en el aforro debían de acaso estar esos naipes.

VIEJO.
Yo lo creo. Ahora entrá, señora, y dalde un vestido, porque no ande desa manera.

MUJER.
Que me place. Anda acá, hijo mío. *(Llévanle.)*

ESCRIBANO.
Cierto que nos holgamos en el alma todos del buen suceso de vuesa merced, que andar los padres con sus hijos de aquesa manera no parece bien.

BOBO.
Vení acá. ¿Dónde encontrásteis al hijo de mi amo?

VECINO.
En el campo, que se quería ahorcar de un encina.

¹ En el original dice BOBO.